



MATERIAL DE LECTURA

VINDICTAS / POETAS LATINOAMERICANAS

Isabel de los Ángeles Ruano

Selección y nota introductoria
de Carmen Lucía Alvarado



6

Carmen Lucía Alvarado (Quetzaltenango, Guatemala, 1985). Poeta y editora. Fue subdirectora de la revista electrónica *Luna Park* y actualmente dirige el proyecto Catafixia Editorial. Coordinadora de la antología crítica *El futuro empezó ayer, apuesta por las nuevas escrituras de Guatemala*. Sus poemas han sido incluidos en antologías y revistas de varios países, en inglés y español. Ha publicado los libros de poesía *Imagen y semejanza* (2010), *Poetas astronautas* (2012), *Edad geológica del miedo* (2018). Desde el año 2015 trabaja en la escritura de su libro de poesía *Pangea Muerte*. Es fundadora de las librerías Santiaguito Libros, en Quetzaltenango, Catafixia Centro, en Ciudad de Guatemala, y de la Asociación 32 Volcanes.

MATERIAL DE LECTURA

VINDICTAS

POETAS LATINOAMERICANAS

6

Isabel de los Ángeles Ruano

Selección y nota introductoria
de Carmen Lucía Alvarado

EJEMPLAR PARA DIFUSIÓN



MÉXICO, 2023

Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas y Servicios Digitales de Información
Nombres: Ruano, Isabel de los Ángeles, 1945- , autor. | Alvarado Benítez, Carmen Lucía, 1985- , editor, prologuista.
Título: Isabel de los Ángeles Ruano / selección y nota introductoria de Carmen Lucía Alvarado.
Descripción: Primera edición. | México : Universidad Nacional Autónoma de México, 2023. | Serie: Material de lectura. Vindictas. Poetas latinoamericanas ; 6.
Identificadores: LIBRUNAM 2210779 | ISBN 9786073079020.
Clasificación: LCC PQ7499.2.R76.A6 2023 | DDC 861.64—dc23

D.R. © 2023, Isabel de los Ángeles Ruano.

Material de Lectura

Nueva época

Primera edición: 7 de agosto de 2023

D. R. © 2023 UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Ciudad Universitaria, Coyoacán

C. P. 04510, Ciudad de México

Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial

www.libros.unam.mx

ISBN: 978-607-30-7902-0

El contenido de esta obra es responsabilidad de sus autoras y no refleja, necesariamente, la posición de la UNAM.

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Impreso y hecho en México.

Nota introductoria

Alas de su nombre

Carmen Lucía Alvarado Benítez

*¿Cómo decirles que nací con la palabra,
que no soy como todos?*

I. Á. R.

Hacer esta selección no fue sencillo. No podía serlo. Es una obra monumental la de Isabel de los Ángeles Ruano, y ante una obra así, las selecciones se tornan complicadas. Nunca se queda atrás la sensación de estar dejando lo esencial en el camino. Y sin embargo, confío en que los ojos lectores de estas páginas comprendan que esta es apenas una puerta que se abre ante una escritura desbordada de imaginación, pensamiento, intuición y un lenguaje preciso.

Es curioso hablar de precisión en la poesía cuando lo que hacemos ante ella es un trato: en un poema el lenguaje muta, se adapta para abarcar lo que se pueda de comunicación, pensamiento e intuición. También ritmo. No se puede hablar de poesía ni de Isabel de los Ángeles Ruano sin mencionar el ritmo. Su conciencia de habitar en la delgada línea que divide a la poesía del canto le dio desde sus inicios una identidad propia a su escritura.

El primer poema que leí de Isabel se llama “Los del viento”, es de su libro inicial, *Cariátides*. Título que, por cierto, vio la luz a mediados de los años sesenta en México. De esos años y de esa escritura que parecía ser la poesía nombrándose a sí misma, mucho se dijo, y sin embargo —como el viento que nombra en su poema— esas palabras se fueron volando y quedó, entre aquel recibimiento y los años futuros de la poeta, un pacto de silencio.

Pero quiero volver al poema. Tenía yo 18 años y recién había llegado de mi ciudad, Quetzaltenango, a vivir a la Ciudad de Guatemala. Ya tenía la idea de una poeta que caminaba las calles del Centro, vestida con traje de hombre, vendiendo lapiceros y poemas. Pero sólo eso. Tomé el libro delgadísimo y morado, de formato parecido a los libros infantiles, con un retrato al oleo encerrado en un cuadrado y letras blancas y grandes: *Los del viento*, Isabel de los Ángeles Ruano.

Puedo escribirlo de memoria:

Nosotros, los del viento
los que llevamos versos incrustados
al centro del timón de nuestra sangre.

Nosotros, los portadores de enredaderas turbias
nacidas en lo incierto de la raza

Sí, los que llevamos el destino broquelado
más allá del color de nuestro sexo
más allá de las voces de la herencia
más allá del color de nuestro grito.

Sí, iremos cantando, cantando,
como si no germinaran las palabras
y no fuera prestado nuestro aliento;
como si en verdad la luz nos recubriera
y no tocara la muerte a nuestra puerta...

Resuenan en mi mente estos versos y regreso veinte años, sintiendo un tenebroso reconocimiento y un súbito sentido de pertenencia que me regaló ese poema y todos los que vinieron

después; y entonces, a través de mi memoria y de las memorias prestadas de las personas que han leído a Isabel, comprendo la tremenda importancia que tiene esta publicación, porque la lectura de una poeta como Isabel de los Ángeles es esencial para tener un panorama más completo de la delirante poesía latinoamericana, y regresar a México, con una pequeña muestra de la gran escritura que ha nutrido en más de cinco décadas es, además, un acto de justicia.

A partir de la publicación de *Cariátides*, Isabel escribió libros deslumbrantes como *Iconografía del tiempo*, *Poemas de arena*, *Tratado de los ritmos*, *Poemas grises*, *Canto de amor a la Ciudad de Guatemala*, *Los muros perdidos*, entre muchos otros. Todos están hilvanados por una poeta verdadera, que no escribe si sabe que su verso no será fuego, que no escribe si sabe que su verso no anulará el tiempo, que no escribe si sabe que su verso no tiene la capacidad de nombrar lo que el aire toca del mundo.

Esta selección es, además, una invitación a conocer la escritura guatemalteca, que —por más extraño que resulte ponerle gentilicio a la literatura— es un monumento parecido a los inmensos templos dormidos en nuestras ciudades antiguas. Pero, a diferencia de nuestros templos de piedra, éstos, los que están hechos de palabras, están vivos, y son una redención ante historias violentadas. Los escribas de nuestro delirio, de nuestras intuiciones, de nuestros sentidos, han entregado vida y obra a nombrar lo que se ha negado, y así como Isabel, existen tantos otros que hasta ahora han pasado inadvertidos para el canon latinoamericano.

Isabel ha hecho su vida en las calles de esta ciudad. Durante décadas su rutina fue la misma: salir de su casa en la colonia Justo Rufino Barrios y empezar su travesía hacia el Centro. Caminar con lapiceros en la mano, con poemas fotocopiados

y perfectamente acomodados en pequeñas bolsas de plástico para venderlos a quien quisiera llevar su palabra consigo.

Desde hace poco tiempo esa rutina ha cambiado. Los años pasan y pesan, y ahora la travesía es solamente de su casa a un comedor cercano, en donde sus vecinos le tienen siempre listo el almuerzo. Yo la visito con cierta regularidad, necesito tocar base cada cierto tiempo, porque si la tiranía de la realidad invade mis sentidos, necesito acudir a la presencia de una de las más grandes poetas que he conocido.

Vive en una casa sin luz eléctrica. Es su decisión vivir así. Cuando la luz del día se va, enciende un candil. En el piso de su casa hay cajas llenas de hojas escritas a mano y libros de su autoría que también vende. La imagino en las noches cruzando la oscuridad de su casa, iluminando conforme su cuerpo avanza. Así son los poetas, seres con candiles que iluminan y nombran mientras existen. Luego dejan sus señales, dejan hojas escritas, dejan vestigios de su asombro y de sus búsquedas.

Su cuerpo es la nave que la transporta. Desde hace un tiempo perdió el oído. Para hablarle hay que escribir notas que ella responde con su voz. Hay que enviarle cartas y ella responde. Ella está ahí, adentro de ese cuerpo que de lejos nos parece un señor de boina, chumpa de lona,* maletín cruzado, pero dentro del cual habita una de las voces más lúcidas y hermosas de la poesía escrita en este continente.

Cuando la he ido a buscar está sentada en la mesa en la que almuerza todos los días. Un grupo de personas de Chiquimula —la ciudad del oriente del país en la que nació la poeta— le regaló esa mesa. Al acercarse se puede leer con letras negras y una caligrafía perfecta: “En esta mesa almuerza todos los días Isabel de los Ángeles Ruano, Premio Nacional de Literatura Miguel Ángel Asturias”.

* Chamarra de mezclilla.

De *Cariátides*

Alas de mi nombre

Alas, tengo alas en la lengua,
mi cuerpo está cubierto de alas,
son miles de alas que me crecen,
una multitud de pequeñas alas sonoras.

Mis palabras son alas blancas,
alas, alas de espuma o nube,
alas tremendas que me cubren, que me laceran.

Y sin embargo no vuelo con mis alas.

Alas de mis ángeles,
dulces alas que me renuevan,
alas tristes con que me envuelvo,
aladas alas por las que vivo.

Soy un árbol de alas
con alas que me brotan como hojas,
con hojas muertas que me vuelan como alas.

Soy un mar de alas,
un cielo de alas que resuenan.

Alas de mi nombre,
Sinfonía de alas en mí misma.

¡Cómo suenan mis alas!
¡Cómo intentan mis alas batir el vuelo!

¿Cómo estoy en la tierra con mis alas a cuestas?
¿Cómo estoy en el viento sin volar con mis alas?

Soy un ala gigante,
soy millones de alas minúsculas,
soy un porvenir, un destino de alas,
y junto al infinito de mis alas peregrinas
pronuncio esta oración de alas aleteantes
para redimirme en nombre de esas alas sonoras.

EJEMPLAR PARA DIFUSIÓN